

El Barroco ha vuelto

[en] The Baroque Is Back

Borja García Ferrer*

Puede considerarse ya un tópico afirmar que asistimos a un retorno del Barroco en la actualidad. Condenado al abismo del silencio, la ignorancia y el olvido por la historia del pensamiento en su versión oficial (eurocéntrica), vilipendiado y ninguneado en favor de la modernidad triunfante, capitalista (protestante) y racionalista (cientificista), la cuestión del Barroco, contemplado como la “otra modernidad” (esa modernidad que emerge siempre del abismo de una crisis, como podemos leer en el *Trauerspiel* de Walter Benjamin), alcanza su eco con fuerza inusitada en los debates intelectuales de nuestro mundo histórico, pero también en el “mundo de la vida”, allí donde radican los usos y costumbres, las expectativas y los deseos, los proyectos de sentido y los valores compartidos de los seres humanos de carne y hueso. Prueba fehaciente de ello es la multiplicidad creciente de proyectos de investigación, eventos científicos y publicaciones generados en nombre del Barroco durante los últimos tiempos. La Universidad de Granada debe ser considerada un referente a este respecto, como atestigua la actividad del Grupo de Investigación *La imagen barroca del mundo* (HUM 188), en vigor desde 1995, o el reciente Proyecto de Investigación *Herencia y actualización del Barroco como “ethos inclusivo”* (PID2019-108248GB-I00), dirigidos bajo la égida del profesor Luis Sáez Rueda; como también es muy loable la atención y el esfuerzo prestados al tema del Barroco en el Departamento de Filosofía y Sociedad de la Universidad Complutense de Madrid, un empeño de largo aliento personificado en figuras como José Luis Villacañas o Antonio Rivera, entre otros profesores de este mismo Departamento.

El monográfico que aquí se presenta no tiene otra premisa que vigorizar y expandir esta “nueva oleada” barroca en la *intelligentsia* española, pero también más allá de nuestras fronteras, en un plano internacional. Y si bien es cierto que la línea de investigación acerca del Barroco está teniendo especial pujanza en América Latina (sin olvidar la relevancia fundamental del Barroco en la academia estadounidense), la pretensión del presente monográfico es delimitar el estado de la cuestión al ámbito hispanoeuropeo, bajo la hipótesis de que el Barroco hispano y sus diferentes versiones en las diversas latitudes del viejo continente se distinguen sustancialmente

del Barroco propiamente latinoamericano, en virtud del entrecruzamiento experimentado con la exuberante cultura de los pueblos indígenas americanos, dando lugar a un mundo totalmente único, singular e irreductible donde los latinoamericanos de hoy pueden reconocerse en muchos sentidos, desde su forma de vivir hasta su lugar en la historia mundial. Un diálogo intercultural simbolizado y encarnado de forma paradigmática por la Malinche, por cierto, la “lengua de Hernán de Cortés”, como la denomina Bolívar Echeverría con suma elocuencia en su obra *La modernidad de lo barroco*, en lo que constituye una clave hermenéutica absolutamente imprescindible, huelga decirlo, en esta línea de investigación.

Hemos afirmado que el Barroco ha vuelto, pero la verdad es que, en cierto modo, el Barroco nunca se fue. Bien pensada, la categoría “barroco” no designa exclusivamente un periodo bien delimitado en el arco temporal (el largo siglo XVII), frente a la tesis de José Antonio Maravall, pero tampoco el estilo artístico que satisface la necesidad estética de la alta sociedad durante todo ese periodo (el Barroco como “arte de la Contrarreforma”, parafraseando la celeberrima obra de Werner Weisbach), desde las fiestas cortesanas de Versalles hasta las fiestas aristocráticas de la Corona inglesa en sus paseos por el Támesis. El Barroco es todo eso, ciertamente, pero también es mucho más que eso. Más profundamente, y como hace notar Bolívar Echeverría para la posteridad, hablar del Barroco es hacerlo de un “ethos histórico”, esto es, un estilo de vida y una imagen del mundo (o sea, una comprensión del ser, una ontología) que hunden sus raíces en el Siglo de Oro español, si bien han experimentado toda clase de agenciamientos e hibridaciones, mixturas y desencuentros a lo largo y ancho de la historia (primeramente en Europa, donde la recepción del Barroco ha generado frutos especialmente destacables en Francia y, sobre todo, en Alemania, para expandirse posteriormente y adquirir rasgos específicos y diferenciales *plus ultra*). En este preciso sentido, el Barroco pone de manifiesto modélicamente que la historia de la cultura es la historia del mestizaje, de tal manera que no existen culturas esenciales o puras. Lo cual implica reconocer un presupuesto asumido implícitamente por todos los autores que participan en este monográfico, a saber, que el Barroco no es patrimonio exclusivo de la

* borjagf@ucm.es
Universidad Complutense de Madrid

cultura hispánica, como defienden a capa y espada los sectores más reaccionarios y retrógrados a uno y otro lado del Atlántico, ni tampoco debe ser entendido como un mero apéndice de la Contrarreforma católica y su proyecto (teológico-político) de reestructuración moderna de la vida social (envilecida hasta la extenuación por la ética protestante); una empresa esencialmente ofensiva y conquistadora, como es sabido, abanderada por la Compañía de Jesús y su *propaganda fide* después del Concilio de Trento, erigiéndose de este modo como la gran precursora histórica de toda una “política cultural”, tan común y corriente en nuestros días.

Sin embargo, no es posible hablar del Barroco sin hacer referencia a las circunstancias históricas de su gestación en el mundo hispano, en una época profundamente marcada por la retirada de lo divino hasta convertirse en un *Deus absconditus*, completamente alejado del mundo humano, indiferente a su obra de creación. Una experiencia desgarradora y trágica para la sensibilidad barroca, en la medida en que experimenta ni más ni menos que la falta de fundamento del mundo (su carácter abismal), dando lugar a una suerte de *horror vacui*. Específicamente, lo que experimenta el hombre barroco es la ausencia de un absoluto, es decir, la espectral impronta de su sustracción, de manera que el mundo es simultáneamente todo y nada: haciendo referencia al absoluto, es todo; pero también es nada, en tanto que el absoluto se torna inalcanzable. En esta inquietante tesitura, la pluralidad diferencial, abierta e ilimitada del mundo barroco, donde todo se pliega, se despliega y se repliega *ad infinitum* (en contraposición a la dimensión unitaria, cerrada y estable que habían caracterizado al cosmos antiguo y su metafísica teológico-cristiana), sufre una *nivelación* o *allanamiento* que afecta a todos los seres y todas las cosas del mundo, en función de procesos ingobernables e indisponibles, dinamismos anónimos y ciegos como el capital, que solo obedece a su propia inercia (el productivismo ilimitado y el sacrificio de la vida en su “forma natural”), una política realista (especialmente abstracta en el caso español) vertebrada por grandes potencias administradas de forma autoritaria, o la exitosa revolución científica que, a pesar de todos los beneficios que porta consigo, en términos de bienestar material, para la vida biológica o reproductiva (*zoé*), también ha llegado a consumir paralelamente ese “desencantamiento del mundo” de weberiana memoria, con todos los excesos, contradicciones y despropósitos que constituyen su funesto corolario, desde la devastación de la naturaleza (nunca más concebida como *physis*) hasta Auschwitz, por no hablar de las múltiples desigualdades económicas y sociales que se reproducen por doquier, dolorosamente sangrantes en la periferia del mundo “desarrollado”.

Ahora bien, a pesar de resultar innegable el carácter autoritario y conservador del Barroco, a la luz de su nexo inextricable con la teología política subyacente a toda la época moderna, tampoco podemos dejar de reconocer el potencial crítico y emancipador que atesora, tal y como ponen de relieve los autores del presente monográfico, desde diferentes perspectivas, en relación a la crisis civilizatoria del presente. Y a este respecto, es preciso señalar expresamente la relación existente entre el Barroco

histórico y nuestro tiempo, concebido como una época “neobarroca”, según la conocida expresión del semiólogo y crítico de arte italiano Omar Calabrese. Y es que, como apunta oportunamente José Luis Villacañas en uno de sus trabajos dedicados a Baltasar Gracián: “Mirar el Barroco no es una cuestión de curiosidad o de historicismo, sino de autoconocimiento”. A nuestro modo de ver, esta afirmación debe ser entendida a la luz de la tesis de Eugenio D’Ors sobre el Barroco como un *eón*, esto es, una imagen del mundo que retorna una y otra vez, alternándose con las épocas de clasicismo, donde el orden, la armonía o la fe recobrada entre lo real y lo ideal logran superar una cierta crisis. En efecto, el mundo del Barroco es un mundo atravesado por una crisis de hondura existencial y espiritual, en la medida en que la vida carece de toda consistencia lógica y ontológica; de aquí la paradoja de un mundo invertido, *topos* barroco por excelencia, de manera que lo fraudulento y apócrifo ocupan el lugar de lo noble y elevado. Pero lejos de conducir a la resignación, la indiferencia o la pasividad, la experiencia del desengaño, propia del hombre barroco, como único criterio de verdad existente, se constituye como un aguijón y una promesa, a saber: la creación de sentido en medio del “sin-sentido”, y hacerlo mediante la sola fuerza del ingenio, encarnando una actitud heroica en el gran teatro del mundo humano. Así entendido, el desengaño representa un despertar inacabable. Todos los grandes nombres del mundo intelectual barroco comparten, con diferentes acentos y matices, esta visión general, desde Miguel de Cervantes hasta Baltasar Gracián, pasando por Calderón de la Barca o Lope de Vega, por citar solamente algunos ejemplos ilustres. Por eso, no es posible comprender el Barroco específicamente hispano si no es desde la perspectiva del primado de la forma, lo cual explicaría la melancolía específica que subyace a la totalidad de la época. La forma ha desaparecido, ciertamente, existe un abismo radical entre nuestros deseos y la realidad, pero el hombre barroco no puede dejar de anhelar la forma y de perseguirla, ya sea a través del arte o de la filosofía, poco importa. En otras palabras, el Barroco es ese lenguaje que, desconociendo la verdad, la busca afanosamente. Existe toda una “voluntad de verdad” en el Barroco. Es el lenguaje de la abundancia, pero también de la insuficiencia, y su horror al vacío no es gratuito: implica la invocación desesperada de un lenguaje que aspira a llenar las ausencias de la razón y de la fe, como una especie de “imposible necesario”.

En tal disposición de los términos, si vivimos una época “neobarroca” es, entre otras cosas, porque un nuevo malestar en la cultura expande su influencia en la plenitud de su pujanza, una decadencia o vacío espiritual confirmado conjuntamente por la filosofía continental del siglo XX en su práctica totalidad. Saludado por autores contemporáneos como Milton Friedman, Jürgen Habermas o Francis Fukuyama como el reino de la libertad por antonomasia, lo cierto es que el capitalismo avanzado, neoliberal y tecnológico del presente trae consigo (a partir de la fecha sinécdoque de 1989, pero especialmente a la vuelta de siglo) una forma inaudita de totalitarismo, en virtud del cual se impone no ya como el mejor, sino como el único mundo posible, hasta el

prurito de confundirse con la evolución natural de las cosas. Es lo que Wendy Brown elucubra como “naturalización del capitalismo”, ese “realismo capitalista” del que habla Mark Fisher. De tal suerte que ya no existen afueras del capital. En palabras de Luis Sáez en *El ocaso de Occidente*, se trata de “un ojo camuflado, itinerante en el campo reticular de los poderes y dispersante en la sociedad de la comunicación y de la información”. He aquí la versión contemporánea del nihilismo uniformizador donde se cifra la crisis de valor y de sentido experimentada por el Barroco histórico: las sombras del “Todo/Uno” son alargadas.

Como en el siglo XVII, el hombre se muestra, de nuevo, en discordia con el mundo. Pero con la ostensible diferencia de que para el hombre actual, a diferencia del hombre barroco, todo es *en vano*, experimentando el mundo como una nada huera y vacía; si bien esta nada no es ya la ausencia de un absoluto divino y trascendente, sino del fondo creador que dinamiza el “mundo de la vida”. En la medida en que se impone el “último hombre” de nietzscheana memoria, la fuerza creativa del ingenio se diluye como lágrimas en la lluvia y, aparentemente, el viento del desengaño ha borrado todo ideal del horizonte. Esa energía también ha sido devorada por el capital, del mismo modo que toda nuestra esfera vital, en realidad, incluyendo nuestros sentimientos y deseos más íntimos, las relaciones personales o el tiempo libre. Instalados en una “ilusión de autonomía” sin parangón en la historia (concebida como una patología de civilización en sentido estricto), la crisis contemporánea no se reconoce, no se autoextraña: se envanece. Por eso, si el héroe barroco es un héroe trágico (en la medida en que triunfa en su caída, como enseña Jaspers), el neobarroco es la época anti-heroica por excelencia, hasta tal punto que luchamos por nuestra esclavitud como si fuese nues-

tra libertad. Si todos los dioses han huido, como lamenta Hölderlin amargamente, los héroes no han seguido un camino distinto. De aquí la necesidad perentoria de volver a los clásicos para aprender, a la luz de sus enseñanzas, diagnosticar nuestras necesidades y orientarnos en nuestras incertidumbres. Y no es casual que pensadores españoles contemporáneos tan eminentes como Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset o María Zambrano se remitan recurrentemente a los autores del Siglo de Oro como fuentes de inspiración para pensar el presente. Nuestra cultura intelectual hunde sus raíces en el Barroco, por eso es una tradición del ingenio y del brillo. Caminamos sobre hombros de gigantes. No podemos pensarnos sin ellos.

En definitiva, este monográfico aspira a reactivar la potencia liberadora del Barroco a la altura del presente, porque pensar el antagonismo se ha vuelto cada vez más difícil y más urgente que nunca, ante la acuciante pobreza de pensamiento meditativo o naciente que caracteriza a nuestro mundo histórico (esto es, el pensamiento que piensa en pos del sentido de todo lo que es *en tanto que es*), en beneficio del mero pensamiento calculador, instrumental y pragmático de la ciencia, la política o la economía. ¿Puede constituirse aún el Barroco como un nihilismo generativo y creador, sobrevolando el ocaso donde parece abismarse la humanidad en su conjunto? ¿O es que acaso tendrá el poder del presente, homogenizador y totalitario, la última palabra? ¿Es posible todavía escapar al avance del desierto vital en el capitalismo *sive natura*? Armados de una ardiente paciencia, los autores de este monográfico arrojan luces de aurora en la interminable noche de la crisis, ese infierno de lo igual. El Barroco ha vuelto para quedarse. Es nuestro clásico, nuestro paradigma. Se vislumbran fulgores neobarrocos. Estamos en la víspera...

